

# Las minas de Salomón

Colección de autores portugueses

Director: **Antonio Sáez Delgado**

Eça de Queirós

Las minas de Salomón

TRADUCCIÓN DE MARTÍN LÓPEZ-VEGA

INTRODUCCIÓN DE ANA LUÍSA VILELA



LA UMBRÍA Y LA SOLANA



# LA UMBRÍA Y LA SOLANA

Título original: *As Minas de Salomão*

Las minas de Salomón  
Eça de Queirós

Primera edición: noviembre de 2018

© de la introducción Ana Luísa Vilela  
© de la traducción de la introducción Ángel José Alonso Menéndez  
© de la traducción del texto, Martín López-Vega  
© de la ilustración de la cubierta, Alberto Pina

Edición © La Umbría y la Solana, 2018  
c/ Pez Austral, 11  
28007 Madrid

info@laumbriaylasolana.es  
www.laumbriaylasolana.es

Coordinación editorial: Pilar Ramos Vicent, Feliciano Novoa Portela  
Director de la colección de autores portugueses: Antonio Sáez Delgado  
Diseño y composición: Raúl Areces

ISBN: 978-84-948327-3-4  
Depósito legal: M-30632-2018

Impresión: Arial Digital  
Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet) y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.



Obra publicada con apoyo de Camoes- Instituto de Cooperación y de Lengua I.P.  
Obra publicada com o apoio do Camões – Instituto da Cooperação e da Língua I.P.

# Índice

Diez buenos motivos para leer «Las minas de Salomón»

Ana Luísa Vilela

11

*Las minas de Salomón*

43

## Introducción

Ahora que este libro está impreso y se halla en vísperas de recorrer el ancho mundo, comienzo a desconfiar que le falte mucho, en cuanto a estilo y en tanto historia, para resultar aceptable.

Por lo que se refiere a la historia, lo cierto es que no he pretendido, ni intentado, incluir en estas páginas todo lo que vimos en nuestro viaje a la tierra de los Kakuanas. Quedan aún de ese extraño pueblo cosas que merecerían examen detallado y lento: su fauna, su flora, sus costumbres, su dialecto (tan emparentado con la lengua de los zulúes), el magnífico sistema de su organización militar, su arte sutil de trabajo de los metales... ¡Qué interesante estudio podría hacerse, además, con las leyendas que escuché y coleccioné acerca de las cotas de mallas que nos salvaron en la batalla de Lu! ¡Qué curiosa, también, la tradición que entre ellos se ha perpetuado acerca de los Silenciosos, los tres colosos que yacen a la entrada de las cavernas de Salomón! Sin embargo, me pareció (y del mismo parecer fueron tanto el barón Curtis como el capitán John) que resultaría más eficaz contar la historia seca y directamente, dejando todas estas particularidades referidas a la región y sus hombres para tratarlas más adelante, en un tono especial, con detalle y por extenso.

Sólo me queda pues implorar benevolencia para mi tosco estilo. Estoy más acostumbrado a manejar la carabina

que la pluma, y siempre me ha sido ajeno el fino arte de los adornos y los floreos literarios. Quizás los libros necesiten de tales floreos y ornamentos; ni lo sé, ni tengo autoridad suficiente para decidirlo. Pero según mi bárbara impresión, las cosas simples son siempre las más impresionantes, y por ello más crédito y estima debe merecer el libro escrito con seria y honesta sencillez. *Lanza aguda no necesita brillo*, dice un proverbio de los Kakuanas; y, animado por este consejo de la sabiduría negra, me arriesgo a presentar mi historia desnuda y lisa, en sus líneas verdaderas, sin colgarle encima, con tal de volverla más vistosa, los dorados galones de la Elocuencia.

Alan Quartelmar

## CAPÍTULO I

### ENCUENTRO CON MIS COMPAÑEROS

Resulta bien extraño que a mi edad, cincuenta y seis años cumplidos, me encuentre aquí, pluma en mano, preparándome para narrar esta historia.

Nunca imaginé que tan prodigioso hecho pudiera llegar a producirse en mi vida, vida que me parece plena, y vida que me parece ya bien larga... Sin dudas, por haberla comenzado tan temprano; pues en efecto, a la edad en que los otros muchachos deletrean aún en los bancos de la escuela, yo ya andaba agenciándome mi pan por las calles de esta vieja colonia de Ciudad del Cabo. Y aquí he permanecido desde entonces, metido en negocios, en servicios, en travesías, en guerras, en trabajos, y en esa dura profesión, pues no es otra la mía, de la caza del elefante y el marfil. Entretenido con todas estas diligencias, hace sin embargo muy poco tiempo (ocho meses) que conseguí, como se dice, llenar mi bolsa. Ahora es por fin una buena bolsa, una bolsa de persona importante, ¡vive Dios! De hecho, ¡una bolsa impresionante! Y a pesar de ello, juro que para sentirla así, redonda y sonora entre mis manos, no me arriesgaría a pasar de nuevo por los trances de este terrible año que ya acaba. ¡Qué va! Ni aunque me asegurasen que llegaría al final con la piel intacta y el bolsillo lleno. Pues en el fondo yo soy un tímido, detesto



la violencia, y estoy ya más que harto, reharto de aventuras.

Como iba diciendo, resulta muy extraño que me lance de esta manera a escribir un libro. No se cuenta entre mis hechuras ser hombre de prosa y de letras, por más que, como cualquier otro, aprecie las bellezas de la Santa Biblia y goce con la historia del Rey Arturo y su Tabla Redonda. Sin embargo, tengo mis razones, y se trata de razones de importancia, para tomar la pluma con esta mano torpe que hace casi cuarenta años que no maneja sino la carabina. En primer lugar, mis compañeros, el barón Curtis y el digno capitán de la Armada Real John Good (a quien por costumbre me referiré como «el capitán John») me pidieron que relatase y publicase nuestra expedición al reino de los Kakuanas. En segundo lugar, estoy aquí en Durban, postrado en una silla, inutilizado por unas semanas, por causa de mis achaques en una pierna. Desde que un infernal león me rasgase el muslo de lado a lado quedé sujeto a estas crisis, que se repiten año tras año, regularmente cada fin de otoño sin faltar a la cita. Fue a finales de otoño que me llevé la dentellada. Es duro que a un hombre que ha matado, a lo largo de su honrada carrera, cuarenta y cinco leones, sea justamente el último, el cuadragésimo sexto, el que le agarre y le use como si fuera tabaco de mascar. ¡Muy duro! Rompe la rutina, la estimable rutina. Y a mí, persona de orden, cualquier sorpresa me sabe peor que la hiel. En tercer lugar, además de por ocupar mis ocios, compongo esta historia para mi hijo Enrique, que se encuentra en Londres, interno en el Hospital de San Bartolomé, estudiando Medicina. Es una manera de enviarle una larga carta que lo entretenga y que lo enganche. El servicio a los enfermos, en una enfermería sofocante y lúgubre, tiene que pesar intolerablemente. Incluso desmembrar cadáveres

acaba por convertirse en una rutina, rica en monotonía y tedio; de modo que esta historia, en la que hay de todo, menos tedio, llevará durante unos días a mi vástago una saludable y alegre sensación de aventuras, de viajes, de fuerza y de vida libre. Y, por fin, como última razón, escribo esta crónica por ser, sin duda, la más extraordinaria que conozco, ya sea en la Realidad, ya sea en la Fábula, «extraordinaria» incluso para los Lectores Profesionales de Novelas, y eso que en ella no aparece ninguna mujer, excepción hecha de la pobre Fulata. Está Gagula, sí. Pero aquel monstruo tenía cien años, poca forma humana, y no provocará ninguna empatía. Lo cierto es que por todas estas doscientas páginas no pasa una sola falda. Y de cualquier manera, escaso como anda de las gracias de lo femenino, no creo que exista un caso más raro ni más cautivador.

La única vez que tuve que hacer una narración pública de esta aventura fue ante los jueces de Natal, cuando comparecí como testigo en el caso de la muerte de nuestros criados Khiva y Venvogel. En aquella ocasión comencé de este modo, muy dignamente, con la aprobación de todos y alabanzas del periódico de Durban: «Yo, Alan Quartelmar, residente en Durban, en Natal, *gentleman*, declaro y juro que...». Y sin embargo no me parece que sea esa la manera más adecuada de comenzar un libro. Además, ¿puedo yo afirmar, en letra impresa, que soy un *gentleman*? ¿Qué es un *gentleman*? ¿En qué consiste ser *gentleman*? Conozco aquí cafres<sup>50</sup> desnudos que lo *son*; y conozco caballeros lle-

---

50. [Nota del trad.]. Se refiere a la tribu de los cafres.

gados de Inglaterra con fastuosos baúles y anillos de armas en los dedos, que *no lo son*. Yo, por lo menos, nací *gentleman*, pese a haber evolucionado después en forma de pobre y simple cazador de elefantes. Pero si en esa carrera y en los azares que me trajó me mantuve siempre como un *gentleman*, no es cosa que me competa evaluar. Dios sabe que con valiente esfuerzo procuré conservarme tan *gentleman* como nací. He matado, es cierto, a muchos hombres; pero estas dos manos, loada sea mi fortuna, están limpias de sangre inútil. Si maté fue para que no me matasen. El Señor nos dio nuestras vidas como sagrados depósitos que le pertenecen y que nos es dado defender. Siempre me he guiado por este principio; y cuento que el buen Dios me dirá un día, allá arriba: «¡Has hecho bien, Quartelmar!». Cruzar este mundo, amigos míos, es una áspera experiencia, amén de inexorable. Aquí estoy yo, hombre de orden, tímido, bonachón, constantemente envuelto en carnicerías, desde mi más tierna infancia. Por suerte nunca tuve que robar. Cierto es que una vez me apoderé de cuatro vacas que pertenecían a un cafre. Pero el cafre me había rapiñado antes sórdidamente, y aun así desde entonces traigo esas cuatro vacas sobre mi conciencia. Sólo cuatro vacas. ¡Pues me han pesado como si fueran un rebaño entero!

Fue hace más o menos dieciocho meses cuando me encontré con los dos hombres que serían mis compañeros en esta aventura singular a la tierra de los Kakuanas. Aquel otoño yo andaba empeñado en una gran batida de elefantes, más allá del distrito de Bamanguato. Todo en aquella expedición salió mal, y además acabé por pillar las fiebres. En cuanto pude sostenerme sobre mis piernas me dirigí a las minas de diamantes (las Diamanteras), vendí el marfil que